

ATILA

Javier Serena



TROPO EDITORES



**TROPO  
EDITORES**

Tropo Editores S. L.  
Estudios 15-17, 5.º A 50001 Zaragoza, España  
www.tropoeditores.com  
info@tropoeditores.com

©Javier Serena 2014  
©de la presente edición: Tropo Editores 2014  
ISBN: 978-84-96911-80-2

Código IBIC: FA  
Depósito legal: Z-1582-2014

Impreso en España - Printed in Spain  
Colección Voces, N.º 40

Diseño y maqueta: Oscar Sanmartín Vargas  
Ilustración de cubierta: Oscar Sanmartín Vargas

Esta obra ha contado con una subvención del Gobierno de Navarra concedida a través de la convocatoria de Ayudas a la edición del Departamento de Cultura, Turismo y Relaciones Institucionales.



**Gobierno  
de Navarra**

Impreso en  
INO Reproducciones, S. A.  
Polígono Malpica. Calle E, 32-39 (Inbisa II, nave 35)  
50016 Zaragoza  
Tel. 976 59 78 18

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org) <<http://www.cedro.org>>

A mis padres



# I

Siempre reaccionaba de la manera más extravagante: al verse solo y desnortado, perdido en su destierro de París, en lugar de claudicar, Aliocha Coll optó por refugiarse todavía más en su obsesión por escribir. Eso pude confirmar pocas horas después de aterrizar, ya inquieto por su estado, temeroso de que hubiera enloquecido por el abandono de Camille, cuando tras buscarlo en un sitio y en otro y no dar con rastro alguno de su paradero al final lo descubrí entre las vastas extensiones del apartado parque de Belleville. Fue un hallazgo fortuito. Había alcanzado aquel rincón de panorámicas privilegiadas por casualidad, tratando de dejar pasar las horas, resignado ya a esperar la próxima jornada para intentar charlar con él, hasta que al llegar a un cerro en el que había unos bancos de madera manchados de pintadas giré el rostro hacia la derecha, y de súbito reconocí su silueta trágica y solemne recortada contra las azoteas infinitas de París.

Su estampa revelaba que en las últimas semanas no había hecho sino hundirse más y más en aquella ciénaga en que zozobraba. Así era. Tenía el aspecto de un intérprete arrebatado por la fiebre de la música, moviendo los labios según el ritmo de un estribillo que solo él podía oír, con el pelo desordenado por el viento y el cuerpo recorrido por una rara vibración, tan ausente y pensativo que parecía indiferente a todo cuanto le rodeaba, concentrado en exclusiva en la lectura de un papel que sujetaba a cierta distancia de la cara. Pero no había manera de entender por qué razón había decidido encaminarse a una esquina tan recogida como aquella. Solamente al acercarme un poco más, cuando al fin logré escuchar esa absurda letanía que repetía entre murmullos, al observar que acompañaba la lectura con la mano crispada como una garra, comprendí sin extrañeza que en una suerte de ensayo teatral Aliocha recitaba en voz alta y pausada el último capítulo de su novela, *Atila*, el libro cuya escritura había comenzado hacía un par de años, y cuyo largo y caótico discurso de versos imposibles y párrafos carentes de sentido apenas iba a terminar unos pocos días antes de matarse.

Pero habría que esperar al mes de octubre para que Aliocha concluyera su novela, y entonces aún era febrero, una cruda tarde invernal en la que parecía inmune al frío y a la desnudez inmensa de los cielos, tan embebido en la contemplación de sus escritos que no se percató de mi presencia hasta que le di un golpe en el hombro.

Él se revolvió agitado, igual de desconcertado que si acabara de emerger de las profundidades de un océano, aunque al reconocermelo sonrió y me abrazó con entusiasmo, a la vez que se acordaba de que hacía justo una semana le avisé del día y de la hora de mi vuelo.

—Creía que aún estábamos a martes, que el miércoles era mañana —dijo, ahora dolido por su falta, excusándose por haberse confundido con las fechas de mi viaje—. Si no, hubiera estado sin salir de casa hasta que llegaras.

Hablaba de forma atropellada, sin dejar de disculparse por su error, hasta que por fin pareció aceptar que aquella equivocación de los días trastocados ya no podía solucionarse, y me informó de los progresos de su libro.

—Ayer concluí otro capítulo —dijo enseñando las cuartillas, aún sin explicarme los pormenores de su nueva situación—. En unos meses habré escrito la última página de la novela.

Ese parecía ser su único objetivo: finalizar el libro cuanto antes, trabajando por la noche y por el día, renunciando a lamentarse por la huida de Camille, parapetado, cada día más, detrás de aquella peculiar lucha con la conjunción de las palabras para no enfrentarse al terrible aislamiento en el que estaba sumergido. Así quedó patente mientras ya buscábamos la puerta de salida, subiendo escalinatas solitarias y dejando atrás estanques y senderos polvorientos, pues durante el paseo Aliocha solo quiso conversar de sus últimas lecturas y de ciertos

aspectos técnicos de su novela, sin hacer mención alguna a las múltiples heridas que le debía de haber hecho la joven estudiante. Tampoco realizó ninguna confesión cuando agotamos nuestras disquisiciones literarias, después de rebasar los límites del parque, de tal forma que al tiempo que nos alejábamos por las aceras de baldosas resquebrajadas de aquel barrio de las periferias yo seguía sin saber si la marcha de Camille era debida a una tregua pasajera pactada entre los dos, o si por el contrario ella había decidido por su cuenta que no iba a dormir nunca más en compañía de mi amigo. Pero callara lo que callase y dijera lo que dijese había en él síntomas visibles de haber estado mucho tiempo sin nadie con quien hablar, en parte por la ansiedad con la que se expresaba, con gestos más bruscos y abundantes que en mis visitas anteriores, y en parte también por el deterioro de su imagen exterior, pues tenía el pelo más largo y más grasiento y la piel mucho más pálida que en ninguna otra ocasión.

Sin embargo, por mucha brusquedad con que se hubiera manifestado Aliocha, no todo eran malos presagios. Al contrario, lo encontré mucho mejor que como me lo había imaginado tan solo una semana atrás, cuando oí que el teléfono sonaba en la madrugada de Madrid, y al descolgarlo alterado por lo intempestivo del timbrado tropecé con su voz de enfermo agonizante, una voz lenta y pastosa como de haber bebido solo con la que me reveló sin excusarse por haberme despertado que Camille



se había ido. «Ahora ya no tengo que angustiarme por la violencia de la tos ni por la temperatura de un termómetro —masculló, escudándose en la ironía—. Ya puedo pasar horas y horas escribiendo sin otra obligación que la de respirar». Esa noche habló en un tono monótono, faltó de pasión, asfixiado de sopor, por lo que antes de que colgara y se ahogara en su negrura le mentí diciéndole que ya había comprado un billete para volar hasta París la próxima semana. Yo no fui el único que se asustó por esa fatídica revelación de que había terminado por perder a la muchacha. A la mañana siguiente, en cuanto le comuniqué la novedad a su primo Carlos Valls, como solíamos hacer en casos semejantes, él reaccionó con un pronóstico fatal, sin inútiles engaños, al nombrar entristecido las verdades más profundas, las más ciertas y sombrías, las que ninguno de los dos queríamos aceptar. «Puede ser ahora o dentro de unos años —suspiró, en su funesto vaticinio—. Pero un día Aliocha acabará por arrojarse al Sena con un yunque atado al cuello».

Era el único final posible. Aliocha Coll había tenido desde siempre una intensa vocación suicida, sí, y todos pudimos observar durante años cómo caminaba sin dudar hacia las espumas neblinosas de la muerte, cierto, aunque también era verdad que en el momento en que emprendí aquel viaje de rescate todavía parecía demasiado pronto para mi amigo: estaba tan absorto en la práctica de la escritura que no podía pensar en ahorcarse.

Así las cosas, aquel día, durante las primeras horas de la tarde, tras haber dado con él en lo más alto del parque, mientras avanzábamos sin rumbo por los dominios de su barrio, Aliocha volvió a insistir en las resonancias clásicas de su novela, que dijo haber estructurado de acuerdo con las pautas de ciertos mitos griegos, para luego referirse a aquel trabajo ocasional que había conseguido en una residencia para ancianos del distrito de Saint-Denis. «Son solo los sábados y los domingos, y no están perdidos por completo —comentó, con una sonrisa cómplice, recordando la tarde en que fui allí y le descubrí organizando una especie de baile furtivo—. Me llevo el manuscrito en la carpeta y empiezo a corregirlo desde el mismo instante en el que subo al autobús».

Se comportó todo el tiempo con vehemencia, pleno de fervor, poseído por esa acostumbrada índole fantástica que le había permitido mantenerse siempre ajeno a las leyes coercitivas de la vergüenza y el decoro. Eso demostró cuando pasamos al lado de unos contenedores de basura situados muy cerca del mercado, entre los que para nuestro asombro tropezamos con un montón de libros desechados, pues al ver unos escombros tan propicios él quiso detenerse para rebuscar entre los ejemplares con fruición, tirando por los aires las novelas populares y rescatando un par de tomos que tenían las tapas desprendidas. Hubo otras cuantas pruebas de aquel carácter imaginativo que había dominado a Aliocha desde el día en

que nació. Un poco más tarde, en otro antojo irrefrenable, después de repasar las biografías de algunos grandes escritores que renegaron de su patria, me obligó a acudir a una callejuela atestada de colillas y botellas rotas que se encontraba en las inmediaciones de su hogar, para enseñarme una placa amenazada por el óxido en la que había una sucinta referencia a un poeta inglés muerto allí más de un siglo atrás. Pero en el momento en que más emocionado se mostró no fue cuando dio con aquel par de buenos libros, de los que habría decenas de ediciones en los quiscos de París, ni tampoco cuando se detuvo ante la casa de aquel autor decimonónico, cuyo nombre yo no había oído mencionar nunca, sino cuando me propuso ir a un estanque casi clandestino de tan pequeño como era en el que tuvimos la oportunidad de alimentar a unos peces rojos arrojándoles trozos de pan duro. En efecto, sin tiempo para explicaciones, sin hacer caso a mis preguntas, agarrándome de la chaqueta para que no me detuviera en los semáforos, Aliocha me condujo a la carrera hacia una plaza resguardada en la que había una diminuta balsa de agua sucia, y una vez allí se sacó un menudrugo del bolsillo y empezó a echar migas a un lado y al otro, tratando de que los peces se agitaran, y antes de que nos marcháramos incluso metió la mano en el estanque y dejó que comieran de su palma con avidez.

Pero verlo así de alegre y exultante por una aventura tan pueril no solo no me transmitió tranquilidad, como

hubiera parecido lógico que sucediera, sino que me asustó. No era para menos. Sabía bien que cuanto más solo y desesperado se encontraba Aliocha, más compulsivo era en su trabajo, y cuanto más súbitos e intensos sus accesos de optimismo irracional, más hondo resultaba luego su vacío posterior. Todas sus congojas se manifestaron ya al caer la tarde, horas después de que lo vislumbrara recitando su novela, cuando las sombras prematuras del invierno se adensaron y en las calles arreció un viento seco y afilado, y él de pronto pareció sufrir un ataque de nostalgia, pues al escuchar la melodía proveniente de un establecimiento comercial por primera vez trató de recordar su corto y tormentoso idilio con Camille. Fue una declaración conmovedora. Tras un silencio reflexivo, parándose de golpe, mirando con cansancio al horizonte del asfalto, con los hombros derribados y las manos en los bolsillos de la gabardina, Aliocha confesó que había noches de vigilia en las que se esforzaba por dormir abrazándose a la almohada, aferrado a la ilusión de que estaba acariciando un cuerpo tibio de mujer, y otras aún peores en las que se desvelaba asaltado por la siniestra pesadilla de que Camille volvía junto a él solo para abandonarle una vez más. «No se trata únicamente de una traición del subconsciente —dijo, como buscando una explicación—. También la llamo por su nombre estando ya despierto, aunque sé que nunca va a acudir a mi reclamo, como si me conformara con oír el sonido de mi propia voz retumbando entre unos muros».

Todo cuanto hizo y cuanto dijo a partir de ese momento basculó en torno al recuerdo de Camille. En su abatido caminar, sin preocuparse por llevar los zapatos desatados o porque le pitaran al cruzar mal la calzada, insensible a todo salvo a la joven estudiante, Aliocha me condujo hasta un banco junto al Sena, donde declaró haberla visto por primera vez, y después hasta un árbol centenario famoso por su altura, al lado del cual aseguró que en un impulso adolescente había grabado en su corteza su nombre y el de ella con la punta de un cuchillo. A continuación, al evocar su primer periodo juntos, el único pacífico y feliz, su ruta nos llevó hasta la casa de la tía de Camille, bajo cuyo balcón maldijo entre murmullos las contradicciones del amor, convencido como estaba de que sus días más dichosos junto a la muchacha fueron los originarios, cuando ella aún vivía bajo el techo familiar y él disfrutaba recorriendo a pie media ciudad para contemplarla unos minutos.

Sin embargo, sus más elocuentes signos de tristeza, los que manifestaron ya sin compasión todas sus carencias, afloraron cuando nos detuvimos frente al edificio principal de la universidad de la Sorbona, un lugar impregnado de emociones y cicatrices para él en el que recordó con una mezcla de culpa y pesadumbre que en el momento en que la conoció, Camille era una estudiante excepcional.

—Iba a clase siempre, todos los días, hasta con fiebre  
—dijo, en el centro de esa plaza de suelo adoquinado, a

la vez que se acordaba de aquellos tiempos en que aguardaba a la muchacha refugiado en una esquina—. Observaba la puerta de salida desde bastante antes de las ocho, y ella se acercaba a la carrera en cuanto las lecciones concluían, con cuidado de que nadie le siguiera.

En cualquier caso, aun cuando habló con tanta distancia como si se tratara de una estampa de hacía muchas décadas, Aliocha no se limitó a rememorar esos encuentros, sino que quiso comprobar si Camille había retomado sus estudios. A esa labor nos entregamos, aunque con las debidas precauciones, alejados de las escalinatas de acceso al edificio, sabedores de que en el supuesto de que la muchacha nos descubriera podría enfurecerse y comenzar a golpear a mi amigo con el bolso. Con aquel propósito, tras descartar la posibilidad de escondernos entre las columnas del vestíbulo, al final nos cobijamos en un portal mal iluminado por un foco parpadeante que apenas nos ponía en evidencia de forma intermitente, protegidos en uno de los laterales de la plaza frente al que pasaban alumnos y vecinos más preocupados por sus conversaciones que por lo que ocurría en los bajos de las casas. Sin embargo, por muy atentos que estuvimos, ni la vimos confundida con ningún grupo de estudiantes, a la hora en que acababan las últimas lecciones, ni tampoco algo después, ya con los profesores rezagados, cuando casi no quedaban luces encendidas y en el interior del edificio apenas se intuían unas pocas siluetas cada vez

más imprecisas. Pese a todo, en lugar de retirarnos, en lugar de refugiarnos de los aires heladores de la noche en la barra de algún bar, todavía proseguimos entre las penumbras de esos porches hasta más tarde de las ocho, siempre quietos y expectantes, él asomando la cabeza y yo simulando normalidad, aunque cada vez parecíamos proceder menos animados por la esperanza de avistar el paso apresurado de Camille que por rendir un póstumo homenaje a los espectros del pasado. Ni siquiera hicimos amago de movernos cuando sonaron unas campanadas terminantes en una iglesia próxima y en la plaza apenas quedó un perro al que su dueño habría sacado a pasear antes de dormir. Solamente nos marchamos, sí, en el momento en que Aliocha se cansó, a una hora en la que en la universidad ya no había nadie salvo el personal de vigilancia, y entonces lo hicimos en silencio y muy despacio, heridos uno y otro por una oscura desazón, tal vez añorantes de una vaga patria que apenas existía en la pura fantasía, con el mismo desamparo amargo y carente de futuro que un par de hombres que llevaran años y años exiliados.